

ELS BEATLES CONTRA ELS ROLLING STONES. POSTSCRIPTUM: DE UN COMBATE SOÑADO A UN COMBATE REAL

Jordi Mesalles

ARTICLE PUBLICAT A *PIPIRIJAINA*, N. 21, AL MARÇ DEL 1982

¡Cómo te sientes!,
¡cómo te sientes!,
a solas contigo,
sin dirección a casa,
completamente desconocido
como un canto rodado...

Bob Dylan. *Like a rolling stone*

Las siguientes reflexiones hablan de algunas vicisitudes que atravesaron nuestro texto y nuestro espectáculo *Els Beatles contra els Rolling Stones*. Tres meses después del estreno en el Centre Dramàtic de la Generalitat de Catalunya, nuestra propuesta se erige, más allá de nuestras intenciones, como detonante señalador de graves males que afectan al teatro y a la cultura catalana. Esperemos que este lamentable suceso pueda servir de aviso para enmendar errores, los errores del partido en el poder, Convergencia Democrática, que, además de ser catalán, ha de ser fiel a los ideales democráticos que preconiza y aprender a planificar una política cultural y teatral que garantice su apoyo a todo tipo de propuestas que sirvan para hacer evolucionar nuestro empobrecido panorama

En *Els Beatles contra els Rolling Stones* explicamos, ya el mismo título lo pretende, la historia de un combate, los momentos de un combate, más o menos soñado, más o menos cruento, pero sobre todo vivido. Mostramos el enfrentamiento entre pandillas, entre adolescentes de distintos barrios —todo muy hollywoodiense—, entre arquetipos de los años sesenta, esa década que fue prodigiosa, y frustrante, y que exige un deicidio, sin el cual podemos ser «jóvenes carrozas» para siempre. Mostramos su gusto y el nuestro por el sexo, la música, el cine y la política, tótems y tabúes, principio de la revolución o de cuarenta y cinco revoluciones por minuto, religiones del momento, para también, a través de ello, historizar y poetizar; desmitificar una época, teatralizarla, sin desdeñar la fascinación que pueda surgir, en todo caso ironizándola, controlando las identificaciones, haciendo oscilar los espejos.

La realidad engrandece y mejora la ficción. El combate nosotros lo acabábamos en el escenario, en un garaje de la Barceloneta, esta barriada barcelonesa de raigambre industrial y pescadora, fronteriza con el mar, donde los pijos de la Barcelona bien, de la Bosanova, después de hacer machacar *rock rolling* a los guitarreros *guai*, con la excusa de contratarlos para su «pup» litri de Tuset, terminan diciendo que su música es demasiado ruidosa, malsonante... Casi lo mismo que nos dijo el señor director de Actividades Artísticas de la Generalitat, Albert Manent, cuando intentó relativizar la calidad de la obra —texto premiado por importantes nombres del teatro y la literatura catalanes— y nos sugirió cambiar las palabrotas y las frases que él consideraba malsonantes, amenazándonos con no estrenar si no accedíamos. La realidad engrandece y mejora la ficción cuando el mismo *president* de la Generalitat, Jordi Pujol, en pleno Parlamento de Cataluña, ejerce de calificador moral de espectáculos, ignorando que las dramaturgias de todos los tiempos han evolucionado, muchas veces, gracias a «obras llenas de palabras groseras, malsonantes, llenas de irreverencias y escenas de mal gusto» (Pujol *dixit*, refiriéndose a nuestro texto). No contentándose con ello, hizo luego una declaración programática del futuro teatral y cultural que nos espera, un punto de vista de partida vergonzosamente ideológico y coercitivo de cómo tiene que ser la cultura del país: «Se necesita esfuerzo, rigor para lograr la calidad, para hacer “la obra bien hecha, una gran exigencia de obra bien hecha”» (lo subrayado es nuestro). Los de teatro sabemos perfectamente las implicaciones de la *piece bien faite*, es decir, el teatro burgués por excelencia, la *kultura* museística, el gran teatro institucionalizado. Como dice el eslogan, de lectura irónicamente metafórica, para un clásico catalán que triunfa estos días en nuestros escenarios: *Terra baixa* «un viento de pasión llega a nuestro teatro».

De cómo la Generalitat expresa su limpia sexualidad

La «dignificación» que pretendían hacer en la Generalitat de *Els Beatles contra els Rolling Stones* dice bastante acerca de su concepto del buen gusto. Toda una visión machista, escatológica, mecánica, industriosa, senil y pequeñoburguesa del sexo. El decir sexual, distanciado a través de dobles sentidos, nada gozosos, habla más que nada de la desviación de su gusto. Podemos citar *El buen sexo ilustrado*, de Tony Duvert, para entender las implicaciones de este desvío «dignificación» del sexo que pretendían los censores de la Generalitat: «La iniciación sexual practica dos clases de desvíos: el libidinal y el lingüístico. Comprender por qué *masturbarse* es la palabra “exacta” para hablar de *meneársela* es descubrir cómo la medicina burguesa opone su propio lenguaje de clase «a la lengua popular de la sexualidad», lengua escandalosa porque erotiza los fenómenos designados, mientras el lenguaje científico los hiela.»

Sobre tachaduras hechas de su propio puño por el señor director de Actividades Artísticas y Literarias de la Generalitat y las opciones de cambio presentadas por el escritor Jaume Fuster vamos a hacer un modesto análisis. En la selección hemos escogido aquellas palabras o frases que sean susceptibles de una fácil traducción castellana.

Es significativo que la visión del cuerpo y de las demandas corporales tengan curiosas connotaciones laborales y domésticas. Cambian *mear* por *vaciar el depósito* o por *cambiar el agua*

de las olivas. La cuestión es castrar, obviar, reprimirse de nombrar por su nombre aquellas zonas del cuerpo para ellos consideradas como problemáticas. En lo sexual la cosa, o el *culo*, está clarísima. Esta palabra —culo— es la que más veces aparece tachada. *Tetas* y *pollas* también se prohíben a destajo. *Trempar*, en el sentido de *erectarse*, pasa a ser *animar*. *Sifilazo* se cambia por *filatélica*. *Hacerse pajas por hacer juegos de manos*. El placer se cambia por la prestidigitación. Lo que menos tiene que ver con lo laboral, el goce sexual, se reconduce. *Dejarse calentar es hacer correr el contador*. El gusto por las sensaciones eróticas pasa a ser un desgaste energético. A lo tentador, a lo seductor de los vestidos, se le nombra por su nombre de fábrica: el *principio de las braguitas azules* pasa a ser el *elástico de las braguitas azules*. La *bragueta* queda tachada. Lo explícitamente femenino no queda menos malparado. La ingenua frase didáctica sobre el placer de la masturbación femenina: *sobre la vagina está el clítoris, que sirve para hacerse telégrafos* se cambia por *sobre la vagina está la campanita del ning-ning, que sirve para tocar a somatent*. La *menstruación* pasa a ser *la tieta*. Las *putas* pasan a ser *mocos*, señoras que *fuman* o *tomates*. Existen también tachaduras que explicitan un miedo a enfrentarse a la realidad. La palabra *droga* pasa a ser *hierba*, que tiene unas connotaciones más bucólicas. Tampoco han dejado reposar sus paranoias folklórico-nacionalistas y religiosas cuando tachan frases como: «Los Beatles parecen una escolanía» o «esta canción de los Beatles parece una canción de montaña». Borrán también las instrucciones de los tampones Tampax, copiadas del producto original, y la frase: «Un Tampax no puede dejarte nunca embarazada». Llegan, en fin, en su delirio censor a tachar una acotación que dice que un personaje pone «cara de mala leche».

Hay que aclarar que el escritor Jaume Fuster empezó a presentar alternativas a las tachaduras del señor Manent pero luego, en una posterior y atenta lectura de la obra, estuvo de acuerdo con nosotros. El lenguaje que le iba a nuestra ficción era el de la versión original y no el «dignificante».

De los viejos tics de nuestro nuevo gobierno

Es obvio que la derecha catalana en el poder hace el ridículo con este *affaire*. Parece mentira que un banquero como Pujol no sepa utilizar el *rock and roll* y se rodee de funcionarios tan carcas como el señor Manent. Aunque históricamente pueda ser lógico, al ser la derecha pujolista y sus ideales culturales heredera directa del *noucentisme* del primer tercio del siglo, con sus deseos de europeísmo y cosmopolitanismo, más que nada para adquirir un cierto barniz, una fachada aristocratizante, un prestigioso espacio de «alta cultura», como rechazo a un provincianismo ruralista, pero que no puede despegarse de sus viejos y arraigados tics sentimentales, superpunitanos y conservadores.

La derecha pujolista utiliza el nacionalismo y el *seny*, alzándolo como consigna demagógica y manipuladora en pos de «una identitat catalana» olvidándose de que *un poble* «no tiene deseo político y sí las clases sociales que lo componen».

Los cuarenta años de cultura de resistencia frente al centralismo y las imposiciones franquistas, en que todos los catalanes estábamos unidos frente a un enemigo común, no nos disculpan

actualmente de tener una postura crítica, si queremos que la cultura catalana evolucione y no se dedique permanentemente a poner medallas a los viejos combatientes, que puestos a políticos no son, ni mucho menos, infalibles por el hecho de ser buenos catalanes. A veces, nuestros intelectuales no lo entienden así y cuando la oposición —socialistas y comunistas— presentan pertinentes interpelaciones parlamentarias contra el señor Max Cahner, por su mala política cultural al frente de la *conselleria* de Cultura del gobierno pujolista y por la censura a *Els Beatles contra els Rolling Stones*, se ponen a defenderlo en honor a su pasado como acérrimo defensor de nuestra cultura.

De nuestro incierto futuro

Por lo que hay y por lo que la mala gestión de Convergencia vaticina, no es demasiado esperanzador nuestro futuro teatral y cultural. El caso de *Els Beatles contra els Rolling Stones* ha sido el detonante de cuál es la concepción que puede tener nuestro gobierno catalán sobre el teatro. Es más que dudoso que Max Cahner, un hombre procedente de los negocios editoriales, pueda saber algo sobre el teatro y sus problemas específicos. Xavier Fàbregas, con su larga trayectoria como crítico e historiador y como inquieto seguidor de los movimientos teatrales más innovadores, no ha podido con la marcha abiertamente conservadora y tradicionalista de los pujolistas. Confiemos que Hermann Bonnín, con su positiva y dinamizadora experiencia como director del Instituto del Teatro a sus espaldas, nombrado actualmente por la Generalitat para elaborar las bases de actuación del Centre Dramàtic, pueda llegar a mentalizar a la Conselleria de Cultura de lo que debe ser una buena política teatral. El panorama actual es más que desalentador: Hay que exigir a todas las instituciones una política que vaya más allá de la inmediatez, de la provisionalidad. Que a la vez de hacer operaciones de prestigio, cree circuitos de descentralización y distribución y se piense en la necesidad de un teatro menos institucionalizado, de investigación, que haga evolucionar la práctica teatral catalana en todas sus áreas. Para ello es imprescindible una colaboración estrecha con los profesionales del medio, que se tengan en cuenta realmente sus demandas, sus opiniones y sus exigencias.